

El orden de los factores

Cualquiera pensaría que una muchacha que decide salir de su pueblo a la capital del país lo hace para estudiar en una buena universidad que le garantice un mejor futuro, pero no, no es la única razón. En mi caso, decidí irme a vivir a una gran ciudad por amor al teatro. Disfruto enormemente leer obras de teatro (aunque parezca algo muy aburrido), mi escritor favorito lo es porque principalmente escribió teatro, he participado en un par de puestas en escena, soy una gran espectadora en el más amplio sentido de la palabra.

Una vez, mientras viajaba en el microbús que va de Toluca a mi pueblo, escuché por la radio un anuncio de una obra de teatro que se presentaba en la gran ciudad de México: *PD tu gato ha muerto*. Me dieron muchas ganas de ir, pero mi mamá no me pudo acompañar y no me dejó ir sola. “Si me voy a vivir para allá podré ver todas las obras de teatro que quiera”, fantaseé.

Traté de acallar mi deseo y me incorporé a un grupo de teatro universitario; aunque en ese momento no estaban montando ninguna obra, sino una lectura en atril. Ensayar ocupaba toda mi tarde, no hacía las tareas universitarias y llegaba tarde a casa. En una ocasión mi mamá me regañó por mi desfachatez de llegar tan noche y me cuestionó si lo que estaba estudiando me hacía feliz o si prefería estudiar “otra cosa”. En ese instante fue cuando regresó a mi mente aquel inquietante pensamiento: “si me voy a vivir a la ciudad de México podré ver todas las obras de teatro que quiera”.

Al fin llegó el día de mi presentación, mi voz se escuchó en la Casa de las Diligencias y por esos días fui a darme de baja de la universidad. Llegué victoriosa a casa, con mis documentos en la mano y le dije a mi mamá que me iría a estudiar a otro lugar y me dijo que “hiciera lo que quisiera”. ¡Oh, claro que lo hice! Preparé mi examen de admisión y en un par de meses pude inscribirme en la misma licenciatura, pero en otra universidad. Cuando logré instalarme en mi nuevo hogar, una de mis primeras actividades fue ir a inscribirme al programa “Gente de teatro”, el cual cada mes enviaba por correo postal un par de boletos con precio preferente. Con el tiempo, mi mamá y mi hermano se hicieron asiduos espectadores, luego mis compañeras de casa, luego mis amistades.

Todo ese trayecto me llevó a encontrar un empleo como encargada de relaciones públicas de la compañía Arte Acción. Anduvimos de gira con una puesta en escena llamada "Circo Ilusión". La compañía no era convencional, los actores y las actrices eran todas personas con discapacidad motriz, ciegos, en sillas de ruedas, con serios rastros de locura. Todos éramos unos monstruos, pero dábamos funciones en las cárceles, en pueblos remotos de Zacatecas, en la calle y con eso alegrábamos al público. Tuve que dar de baja una materia de la licenciatura porque no podía con la carga de trabajo y un día, en plena gira por San Luis Potosí, tuve que regresar a casa.

No abandoné mis estudios, ni habría podido hacer una carrera profesional en el teatro, pero sigue siendo una de mis grandes pasiones. Hace un tiempo soñé que me presentaba en una obra, y el sueño se convirtió en pesadilla cuando se me olvidó el parlamento.

*Este escrito se lo dedico a Moliere, para celebrar los 400 años de su nacimiento y porque tuvo que cambiarse el apellido dado que en su época el teatro se consideraba una actividad poco decorosa.